

## CAPITULO XXXII.

### Los últimos momentos de un monarca desdichado.



Poco despues entró en la habitacion Marina, y Moctezuma le preguntó:

—¿Tú eres cristiana?

—Sí.

—¿Y cómo has podido olvidar á tus dioses?

—Porque el Dios que me han dado á conocer los españoles es más misericordioso, más grande, más justo que el que en mi niñez me han obligado á adorar.

Mira, añadió, enseñándole un escapulario que Hernan Cortés le habia regalado, ¿ves aquí la imagen de la Virgen? Todos los soldados españoles llevan en el pecho una imagen como esta, que les preserva de la desgracia y de la muerte.

¿No les has visto combatir contra tus soldados y vencerlos? ¿No has visto cómo obedecen á sus jefes, y cómo se horrorizan ante los sacrificios humanos de tu religion?

Ellos adoran á sus dioses de una manera muy distinta.

Invocan su nombre ántes de hacer algo.

Le bendicen todos los dias por que les deje ver la luz de un nuevo sol.

Por la tarde, cuando empieza á anochecer, recuerdan el misterio de la inmaculada Madre de Jesucristo; y cuando ya es de noche, ántes de cerrar los ojos, se encomiendan á Dios y á los santos con verdadera fe.

Yo puedo asegurarte que al abrazar la religion de los espa-

ñoles he visto nuevos horizontes, he experimentado felicidades desconocidas, he arrostrado los peligros con más serenidad, he sentido volver á mi pecho la esperanza, y no apartarse de él en ninguno de los instantes de mi vida.

Moctezuma guardó silencio.

Su alma era presa de una lucha terrible.

Las ideas que aquellas exhortaciones de fray Bartolomé de Olmedo y de Marina habian despertado en su mente, le habian sumido en gran confusion.

Preciso es confesar que tenia motivos poderosos para dudar de la eficacia de sus dioses.

La Providencia, en sus altos designios, habia querido que Moctezuma, el gran Moctezuma, emperador de México, no muriese en el error.

Las elocuentes palabras del padre fray Bartolomé de Olmedo, las sinceras confesiones de Marina, hallaron eco en su corazon.

Su vida se acababa por instantes.

No era la herida que habia recibido de manos de sus propios vasallos la que le empujaba á la tumba.

Era una de esas heridas que no se acaban nunca, que no se extinguen más que con la muerte.

Hernan Cortés supo por fray Bartolomé de Olmedo que la situacion de Moctezuma se agravaba por instantes.

La fiebre le consumia.

Al mismo tiempo todo indicaba en él ese estado de agitacion que precede á la muerte.

Era el anochecer.

El caudillo de los españoles entró en el aposento en donde yacia el emperador.

Al verle sintió Moctezuma que se llenaban sus ojos de lágrimas.

Eran las últimas que debian brotar de aquellos ojos, escaldados por el dolor.

—¿Venís á despediros de mí? Haced bien; no podeis ofrecerme un consuelo mayor.

Al veros, no os lo digo porque me lo agradezcáis; no quiero recordaros los beneficios que os he dispensado; pero repito que al veros experimento una alegría dulcísima.

Estoy satisfecho de la conducta que he observado con vos, descendiente del gran Quetzalcoal, ó descendiente de ese Dios de quien me habeis hablado, y á quien me habeis hecho admirar.

No puedo ménos de reconocer en la esperanza que habeis despertado en mi alma una superioridad, una grandeza que no tiene comparacion con nada del mundo.

Mi pueblo me ha abandonado, porque yo he sido vuestro amigo.

Mi pueblo ha querido que rompiese el pacto que hice con vos, dejando mi trono á vuestro rey.

Pues bien: yo compadezco á mi pueblo, yo lamento el error en que vive.

La única pena que siento en este instante, es no tener bastante fuerza para apartarle de ese error.

Pero nada importa: vos estais á mi lado en los últimos instantes de mi vida.

Vos debeis guiarme.

—Pláceme oiros hablar de ese modo, dijo Hernan Cortés, porque venís á declarar, en gracia de la amistad de que tantas pruebas nos habeis dado, que escuchais los consejos del sacerdote que en nombre de la religion cristiana os ha hablado.

Sí, Moctezuma; profesad la religion nuestra, recibid el bautismo, y yo os aseguro que los últimos instantes de vuestra vida serán los de mayor alegría, de mayor felicidad para vuestra alma.

—Dispuesto estoy á todo, exclamó Moctezuma.

Aprovechando aquella resolucion del emperador, y viendo

que eran contados los instantes de su vida, dispuso Hernan Cortés todo lo necesario para la ceremonia.

Inmediatamente se llevó al aposento de Moctezuma un altar y una imágen de la Virgen, que constituia la capilla de los españoles en el cuartel en que habitaban.

Pusieron el altar y la imágen cerca del lecho del moribundo.

Hernan Cortés convocó á todos los capitanes y á algunos de los soldados para que concurriesen á aquel solemne acto, y fray Bartolomé de Olmedo se dispuso á abrir las puertas del cristianismo á aquel gran hombre que iba á dejar la tierra.

La ceremonia, solemne por lo que representaba, fué sin embargo sumamente sencilla.

No habia cirios que pudiesen aumentar su esplendor.

Los soldados encendieron las caobas, especie de madera resinosa, única que podia reemplazar en aquellos instantes á los cirios.

Fray Bartolomé de Olmedo preguntó á Moctezuma si deseaba abrazar el cristianismo y vivir y morir en la religion de los españoles.

El emperador contestó afirmativamente.

Acto continuo le bautizó, y de aquella manera tan humilde, tan modesta, terminó la ceremonia.

Moctezuma pasó la noche más tranquilo.

Pero al dia siguiente por la mañana se agravó su dolencia de tal modo, que creyó fray Bartolomé de Olmedo llegado el caso de administrarle los santos sacramentos.

Hernan Cortés y el misionero se quedaron á su lado.

La agonía fué lenta.

La respiracion de Moctezuma era cada vez más corta y angustiosa.

Una nube cubria sus ojos.

—No os veo... decia á cada instante á los dos que le acompañaban. ¿Qué va á ser de mi pueblo? exclamó al fin.

—No temais, dijo Hernan Cortés; yo os vengaré de vuestros enemigos, yo ejecutaré el pacto que habeis formado conmigo á favor del monarca español.

Aquel mismo dia, cuando el sol llegaba al zenit, exhaló Moctezuma el último aliento (C).

La situacion de Hernan Cortés llegó á agravarse con este motivo de tal manera, que por algun tiempo no supo qué partido omar.

## CAPITULO XXXIII.

### Lo que pasó despues de la muerte de Moctezuma.



INMEDIATAMENTE despues de la muerte del emperador Moctezuma, siguiendo sus criados la costumbre establecida en el imperio, vistieron el cadáver con todas las galas y las insignias de autoridad que en vida habia tenido Moctezuma, y no atreviéndose á tomar determinacion alguna por hallarse á las órdenes de Hernan Cortés, aguardaron á que éste les indicase el partido que deberian tomar.

Durante la noche que siguió á la muerte del emperador, fueron continuas y penosas las cavilaciones que asaltaron al caudillo de los españoles.

Era de esperar que la noticia de la muerte de Moctezuma aumentase la consternacion de los mexicanos.

Pero instantáneamente á aquel terror que se apoderaria de su espíritu sucederia una reaccion en contra de los españoles, llevándoles de nuevo á pelear con más encarnizamiento.

Y si llegaba este caso, ¿qué podia hacer?

Abandonar á México; pero abandonarle desprestigiado, sin elementos para realizar el sueño de su vida: la conquista que habia dado por segura al rey de España.

Su primera determinacion fué llamar á la emperatriz Miazo-chil, anunciándole la muerte de su esposo.

Aquella pobre mujer en otro tiempo tan varonil, llegó sumisa y resignada adonde yacia el cuerpo inanimado de su esposo.

Cayendo de rodillas ante aquellos restos de grandeza, de po-

derío, cubrió la frente del emperador con sus lágrimas y sus besos, y volviéndose á sus hijos, niños aún:

—Renunciad para siempre á la felicidad, les dijo. Vuestro padre ha muerto, y ya nada nos queda en el mundo.

—Sí, dijo Marina, que asistía á la escena. Os queda la protección y el amparo de los españoles. Moctezuma ha muerto en la gracia de Dios, porque ántes de morir ha escuchado la voz de nuestro buen misionero fray Bartolomé de Olmedo, y ha recibido el bautismo, ingresando en el gremio católico.

A estas palabras añadió otras no ménos expresivas y consoladoras Hernan Cortés.

—Nada os queda en el mundo habeis dicho, gran emperatriz de México. Si aludís al esplendor, al poderío, teneis razon. Los mexicanos nombrarán otro monarca, si es que no le han nombrado ya, y vos tendreis que abandonar el palacio donde habeis compartido tantos dias de ventura con Moctezuma.

Vuestros hijos son aún muy niños para poder disputar el trono á sus usurpadores. Pero yo puedo ofreceros la protección del monarca español para vos y vuestros hijos, y lo que es más, puedo brindaros un asilo en Tezcuco, en donde gracias á mi influencia, ha sido aclamado por rey el hijo de Cacumatzin y de Othalitza, disponiéndose todos sus habitantes á seguir el ejemplo de Moctezuma y á adorar al verdadero Dios.

Miazochil aceptó las ofertas de Hernan Cortés, y le manifestó sus temores por la actitud que tomarian los mexicanos al saber la muerte de Moctezuma.

Hernan Cortés suplicó á la emperatriz que fuese con sus hijos á Tezcuco, y encargó á dos de los criados que tenia Moctezuma á su servicio en el cuartel de los españoles que los acompañasen.

No podia dilatar por más tiempo el informar á los mexicanos de la muerte de su monarca.

Pero podia sacar partido de ella, podia justificar su actitud, ó por lo ménos podia amenazarlos de nuevo.

En una conferencia que celebró con algunos de sus capitanes y fray Bartolomé de Olmedo, convinieron en que seria de gran efecto enviar el cadáver del emperador á los mexicanos para aterrorizarlos más.

Al efecto comisionó á seis mexicanos de los que habian estado siempre al lado del monarca, para que en unas andas condujesen su cadáver al palacio, convocasen al pueblo y le participasen el fatal suceso.

—Decidles, exclamó, que les envió el cadáver de su rey, muerto á sus manos; que ántes de morir me ha suplicado repedadas veces que vengase su muerte y castigase á los autores de ella.

Pero añadid, que convencido de su arrepentimiento, de que han obedecido á la desesperacion más que á la voluntad, estoy dispuesto á perdonarlos, á sostener la paz con ellos, siempre que nombren embajadores que se acerquen á mí para tratar las bases de ella.

Si desoyen mis ruegos, si no aceptan mis proposiciones, ya no será sólo el deber de castigar las ofensas inferidas á los españoles el que me mueva á perseguirlos sin tregua ni descanso, sino el deber, no ménos sagrado, de castigar el ultraje inferido á Moctezuma.

Cumplieron los mexicanos las órdenes de Hernan Cortés, depositaron sobre unas andas, con todas las insignias de su pasada grandeza, el cadáver de Moctezuma, y en medio de un silencio sepulcral abandonaron el cuartel de los españoles y condujeron el cadáver por la gran calle de Tacuba á la gran plaza de Tlatelulco.

Al terror de los mexicanos habia sucedido la ansiedad por tener noticias de Moctezuma.

Poco á poco habian ido regresando á la ciudad muchos de sus habitantes, y apénas vieron aquella fúnebre comitiva, acu-

dieron á rodearla, no tardando en comunicarse unos á otros la noticia.

Cuando llegaron los mexicanos que estaban al servicio del emperador ó depositar su cadáver en el palacio, era inmenso el gentío que se agolpaba á las puertas.

Muchos nobles y muchos sacerdotes penetraron en la estancia imperial para ver de cerca, inanimado, yerto, al que habia sido su soberano.

Inmediatamente avisaron al príncipe de Iztacpalapa, y al anoecer de aquel día oían todos de labios de uno de los mexicanos á quien habia hablado Hernan Cortés, las palabras que el caudillo de los españoles habia dicho, y las proposiciones que por su conducto hacia á los jefes de la rebelion.

Profunda indignacion causaron á los mexicanos aquellas proposiciones.

Pero su desesperacion llegó al colmo cuando supieron por los que habian acompañado al monarca, que éste, en los postres instantes de su vida, habia abjurado de su religion, habia abrazado la de los españoles y habia sido ungido por ellos.

Al saberlo, olvidando hasta el respeto que solian profesar á los muertos, se lanzaron como fieras sobre el cadáver de Moctezuma, rasgaron sus vestiduras, arrancaron de su frente la corona y el cetro de sus manos, y todos á una exclamaron:

—Es necesario conducirle á la cueva de los tiranos.

Esta cueva, como recordarán nuestros lectores, era el volcan de Chapultepec.

Los sacerdotes se interpusieron entre el pueblo, conteniendo su ira.

No podian consentir llevasen á cabo semejante profanacion.

El gran sacerdote recordó á los irritados mexicanos el respeto que merecian los muertos, y mucho más aquel que habia sido su soberano, y el pueblo por segunda vez horrorizado de su conducta, huyó temiendo el castigo de los dioses.

El príncipe de Iztacpalpa fué aclamado por los nobles y por los teopixques que se hallaban presentes, y entónces, como pariente y heredero del emperador, dispuso que se le hiciese el entierro que le correspondia por la alta jerarquía que habia ocupado en la nacion.

Pero al mismo tiempo, reanimando el sentimiento religioso en el corazon de cuantos se hallaban presentes:

—Es preciso, les dijo, jurar sobre el cadáver de Moctezuma que vengaremos la afrenta que nos han hecho los españoles, obligando á nuestro monarca á abjurar de su religion y á brazar la de los extranjeros.

Aquel era un nuevo y poderoso motivo para que los mexicanos tomasen las armas con más denuedo que nunca y completasen la obra comenzada.

—Mañana, añadió el príncipe de Iztacpalapa, que entónces era ya sucesor de Moctezuma en el imperio; mañana se celebrarán las honras fúnebres de Moctezuma.

Los españoles, al ver que todos nos alejamos para penetrar en el micaotl (1), saldrán de su cuartel para presenciar la ceremonia.

Es necesario que esta misma noche cautelosamente se oculten gran número de mexicanos en el teocali de Huitzilopoztli, y cuando los españoles vuelvan encuentren ocupado su cuartel, ó por lo ménos intercepten su paso desde el templo los mexicanos escondidos en él.

Entre los que escuchaban á Quetlahuaca, hallábanse Teutila y Pilpatoe, general el uno y gobernador el otro de las provincias que en Tabasco habia dominado el imperio de México.

Los dos habian regresado al saber las desventuras que pesaban sobre su patria, dispuestos á defenderla.

—Vuestra es la culpa, dijo Teutila, de que los extranjeros hayan llegado hasta México. Nosotros no tuvimos bastante

<sup>1</sup>Cementerio.

fuerza para contenerlos. Sin embargo, nuestro es el deber de exterminarlos.

—Tenemos un proyecto, añadió Pilpataoe; para realizarle es necesario que os pongais al frente de las tropas que han de combatirlos.

—¿Cuál es vuestro proyecto? preguntó el nuevo emperador.

—Destruir á Hernan Cortés, bien sea por la astucia ó por la fuerza. En cuanto él muera, todos los demas caerán en nuestro poder.

Esta idea fué aceptada, y Pilpataoe y Teutila quedaron encargados del mando de las tropas que debían guarecerse en el templo de Huitzilopoztli para atacar desde él á los españoles:

## CAPITULO XXXIV.

### Ceremonias fúnebres.



El día siguiente desde muy temprano se dió comienzo á la solemne ceremonia con que los mexicanos condujeron al sepulcro los restos del emperador Moctezuma.

Hernan Cortés supo por los espías, que habian comenzado á refugirse mexicanos con armas en el templo de Huitzilopoztli, y por lo que pudiera suceder, permaneció encerrado en el cuartel, tomando todas las medidas para evitar una sorpresa.

El nuevo emperador Quetzahuaca dispuso que se condujese el cadáver de Moctezuma al templo maycr, para que allí los aromas con que incensaban á los ídolos le purificasen de los errores en que habia incurrido en los últimos instantes de su vida, y le pusiesen en condiciones de recibir los honores fúnebres que se dispensaban á los emperadores de México.

Esta ceremonia tenia tambien por objeto facilitar á los mexicanos que debían ocupar el templo el medio de quedarse en él sin que se sospechara su presencia.

En efecto; despues de haber quemado áloe, y de otras varias ceremonias, se alejó la comitiva del templo, los teopixques cerraron las puertas y acompañaron el cadáver del emperador.

Iba éste con todas sus insignias y una gran parte de sus joyas, en unas andas conducidas por ocho mexicanos de la familia del emperador.

Detrás, presidiendo el cortejo fúnebre, iba el príncipe de Itztaupalapa con los altos dignatarios de la córte.